GOLONDRÍN

UN MINCHITO TODO UN AMIGO

Golondrín, era una golondrina macho muy travieso al que siempre le gustaba ir a su aire, lejos de su grupo. Cuando en primavera toda su familia emigraba desde África hacía Europa, él siempre se desligaba del grupo y se iba a visitar a sus amigos o a explorar nuevos territorios.

Aquel año, Golondrín, como siempre hacía cuando regresaba a Europa, fue a visitar a su amiga Nubita, una nube nimbo que, como todas las de su clase, siempre estaba muy atareada porque eran las encargadas de producir la lluvia, algo que requería mucho trabajo.

Nubita siempre se estaba quejando de que las otras nubes, los cúmulos o estratos, no daban un palo al agua y de que se pasaban el día presumiendo de lo blancas y guapas que eran.

"¿Qué tal Nubita?", preguntó Golondrín en cuanto llegó.

"¡Vaya pregunta tonta, Golondrín!... ¡Pues trabajando para no variar!".

"Pues yo te encuentro más guapa que nunca, Nubita. Además, para mí siempre fuiste y serás la más buena, que es lo que importa".

"¡Ya! ¿Me estás haciendo la pelota, Golondrín?... Que te conozco. Algo debes de querer".

Golondrín permaneció unos segundos callado hasta que al final se atrevió a decir:

"Es que quiero regresar a África".

"¿Ahora?"

"Sí", contestó Golondrín.

"¿Ahora que acabáis de subir a Europa?... ¡Tu familia te va a poner a caer de un burro!", exclamó Nubita.

"Y me gustaría que vinieses conmigo, Nubita", añadió Golondrín.

"¿A África?... ¡Tú no estás bien! ¡Con el calor que hace allí! ¿Quieres matarme o qué?", exclamó Nubita, incrédula.

"Es que es por mi amiga Mimosa, una acacia que se ha ido allí porque se enamoró perdidamente por internet de Africus, un árbol acacia africana que es lo siguiente a guapo. Bueno, el caso es que, claro, al principio muy

bien, pero, como aquel clima tan seco no le va ni en pintura, pues se está poniendo fea, arrugando y todo eso. Porque no llueve ni gota y ahí entras tú. Que, si vas, la riegas un poco y... Mimosa es muy buena y muy amiga mía, pero es un poco enamoradiza y claro... "

Nubita le escuchó sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Pero Golondrín continuó con su propuesta como si nada:

"Había pensado que tu amigo Ventorrón podría empujarte y llevarte hasta allí"

"¡Sí, que no tiene otra cosa que hacer Ventorrón!", dijo Nubita, ya gritando.

"Tranquila, tranquila, haremos una cosa", trató de calmarla Golondrín, "Verás: Ventorrón sólo tendrá que darte el primer empujón y el resto lo haré yo. Mira, mira, como puedo hacerlo".

Y, antes de que a Nubita le diese tiempo a protestar, Golondrín ya estaba empujándola con todas sus fuerzas.

"Vale, vale, para ya. Lo haré", cedió Nubita, "Pero sólo por esta vez y porque es un caso de amor".

Golondrín rio y la abrazó.

"Sabía que podría contar contigo. Eres la más buena".

"Pero sólo estaré el tiempo imprescindible", le avisó Nubita.

"Vale, vale", dijo Golondrín y, antes de que Nubita pudiera cambiar de opinión, lo organizó todo y se pusieron en marcha.

Ventorrón aceptó en darle el primer empujón y luego Golondrín ocupó su lugar. Eso sí, echándose a descansar encima de Nubita cada dos por tres.

"¡Sí ya lo sabía yo!", exclamaba Nubita.

Pero consiguieron llegar a su destino y, cuando lo hicieron se encontraron con una Mimosa muy desmejorada, con sus hojas y sus hermosas flores amarillas medio secas.

"¡Pero qué penita verla así!", exclamó Golondrín y Nubita, también muy apenada, descargó inmediatamente lluvia sobre ella.

Mimosa se recuperó un poco y Nubita y Golondrín se pusieron muy contentos. Aunque, cuando conocieron a su novio, se llevaron un gran chasco. El tal Africus no les cayó precisamente bien. Era verdad que tenía un porte imponente, con sus elegantes ramas aplanadas formando un

inmenso sombrero. Pero era tan engreído como guapo y tenía muy mal carácter.

Durante unos días, Nubita continuó descargando lluvia sobre Mimosa, pero, al cabo de un tiempo, se quedó sin ella y se asustó. No era nadie sin su lluvia y necesitaba la humedad de Europa para producirla.

"Tengo que volver ya o la que moriré seré yo", aseguró, asustada.

Mimosa se echó a llorar y Golondrín se puso a pensar y enseguida dijo:

"Nubita, espera un poco más. Sólo un poquito. Que se me ha ocurrido algo."

Nubita aceptó de mala gana, pero cedió, y Golondrín puso en marcha su plan.

Llamó a su amigo Río Ancho y le convenció para que cambiase su curso. Éste, encantado de poder hacerle un favor a Golondrín, lo hizo y se desvió para pasar entre Mimosa y Africus, encharcando de esta manera sus raíces.

Mimosa recobró enseguida su antiguo esplendor. Y Nubita y Golondrín decidieron regresar a Europa.

Y ya se disponían a hacerlo cuando un grito desgarrador de Mimosa les hizo detenerse.

"¡Lo que pasa es que ya no me quieres!", oyeron que decía.

"No pienso perder mis hermosas ramas ni mi elegancia por nadie. Ni siquiera por ti". Ahora era Africus quien protestaba con voz altiva.

Golondrín y Nubita se acercaron situándose justo encima de ellos y, estupefactos, vieron que el antiguo porte y belleza de Africus habían desaparecido por completo.

"Sólo me has traído problemas. Voy a acabar contigo", vociferó Africus. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Golondrín cogió a Mimosa de una de sus ramas, la colocó encima de Nubita y las condujo a ambas hacia su hogar.